

Chantal Maillard

La compasión
difícil



Galaxia Gutenberg

© Bernabé Fernández

Chantal Maillard nació en Bruselas en 1951. Vivió en Bélgica hasta cumplir los trece años. Adquirió la nacionalidad española en 1969. Doctora en Filosofía y especialista en Filosofías y Religiones de la India por la Universidad de Benarés, Titular de Estética y Teoría de las Artes, impartió docencia en la Universidad de Málaga hasta el año 2000, momento en que, al término de una grave enfermedad, las secuelas de unas terapias agresivas interrumpen brutalmente su carrera académica. La escritura sería, a partir de entonces, su tabla de salvación y, en palabra suyas: «la forma más veloz que tengo de moverme». En 2004 recibió el premio Nacional de Poesía por *Matar a Platón*, y en 2007 el premio de la Crítica y el de la Crítica de Andalucía por *Hilos*. Es autora de numerosos ensayos y libros de poemas, pero su escritura, difícilmente catalogable, ha ido trascendiendo progresivamente los géneros, desde su cuatrilogía de diarios a la escritura pan-híbrida de sus últimos libros. *La baba del caracol* (2014), *India* (2014), *La herida en la lengua* (2017), *¿Es posible un mundo sin violencia?* (2018) y *Cual menguando* (2018) son algunos de sus últimos títulos publicados. En *Escritos sobre pintura* (2018) ha reunido los textos de Henri Michaux sobre este tema. Galaxia Gutenberg publicó en 2015 *La mujer de pie* y en 2017 *La razón estética*.

Este es sin duda el libro más perturbador que ha escrito Chantal Maillard hasta la fecha. En él se enfrenta a los grandes temas sobre los que la humanidad lleva interrogándose desde el principio de los tiempos. El nacimiento, el dolor y la muerte, los dioses y su ausencia, la relación de nuestra especie con los demás seres vivos, la maternidad y el suicidio, la culpa y la inocencia, el juicio y la creencia. Todo ello girando en torno al eje de una primordial violencia que todos padecemos a la vez que infligimos. ¿Cómo compadecer, considerando el crimen?, se pregunta la autora. ¿Y cómo no compadecer, considerando el hambre?

Las tradiciones orientales y del mundo clásico griego están una vez más presentes en esta escritura que parece sin embargo surgir siempre del cuerpo, de la experiencia vivida en busca de una libertad imposible y de una clarividencia que despierta temor por lo que pueda llegar a comprender.

«En todas las tiranías la inteligencia es la fruta prohibida», afirma Chantal. Y también «Con qué facilidad se traduce el miedo en conveniencia». Valor e inteligencia son necesarios para adentrarse en este libro, del que ninguna página le dejará indiferente.

Medea anuda la cuerda en la rama del árbol seco.

—¿Qué vas a colgar de esa cuerda? —pregunta el más joven de los hijos.

—Lo que amo —contesta Medea.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2019

© Chantal Maillard, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada: *Sin título*; Kiki Smith,
1990; papel y madera; 50,8 × 45,7 × 45,7 cm.
Archivo: Museum of Fine Arts, Boston,
núm. 1991.628; Robert L. Beal, Enid L. Beal
and Bruce A. Beal Acquisition Fund

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17088-50-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LIBRO PRIMERO

EL HAMBRE

Hoy era como ayer
El principio de los tiempos era como ayer
La luz del sol no brillaba, el claro de luna no
ascendía en el cielo

ANÓNIMO,
Mesopotamia (Irak)
Tercer cuarto del tercer milenio a. e. c.

DIOSES

Cayeron. O más bien se posaron. Se despojaron de sus alas. Seres de ambigua naturaleza que espantaban a las bestias. Tan pálidos como resplandecientes parecían durante la contienda. Duró días con sus noches; la luna cambió de lugar varias veces mientras cruzaban los cielos, redondos como soles, los carros voladores. Algunos pasaban rozando en llamas la copa de los árboles. Otros se posaron. Los seres pálidos caminaban sobre dos extremidades. Caminaron con frío buscando abrigo por un mundo que no les pertenecía. Buscaron refugio. Se aparearon con aquellas de entre las bestias que más se les parecían. Al animal que nació de su simiente le llamaron hombre.

Y uno de ellos dijo: «¡Seguidme!
Heredaréis la Tierra
y los mansos serán vuestro alimento».

Así podría haberse contado. Así tal vez podría haber sucedido. O tal vez no.

*

No cayó uno tan sólo. Cayeron legiones. O al menos los suficientes como para poblar el mundo con una nueva raza.

Animales desprovistos de cornamenta. Indefensos. Desgraciados.

*

¿Quiénes fueron, de entre todos los dioses, los vencidos que, junto con su simiente, ofrecieron al animal que fuimos un poco de su luz y la incierta fortuna de un juicio malogrado? ¿Quiénes fueron aquellos que, por error o maldad, nos engendraron híbridos de inmortal y de bestia, conciencia delirada sedienta de vida, animal perdido de sí y despojado de su inocencia?

*

Extraña criatura, defectuosa hasta en sus más tristes pliegues. Huérfana del dios que inventó el gran criadero. Extraña criatura que aún siente en la espalda el cosquilleo de las alas amputadas.

*

En la fachada trasera de la iglesia de Theotokos Gorgoepikoos, en el centro de Atenas, una dovela esculpida muestra la caída de un personaje alado. Cae de espaldas. En la parte superior del relieve asoma parte del ala de otro personaje y otras dos piernas, mutiladas. O así podría verse.

Pueden contarse muchas historias a partir de una imagen. En este caso es probable que la historia fuese otra. Que aquella piedra, perteneciente a una construcción anterior, se hubiese colocado del revés y el personaje no cayese, ni fuesen alas el vuelo de la túnica. Pueden verse muchas escenas a partir de una idea. Las historias del comienzo son aquellas que contamos para pensar que las cosas tienen algún sentido. El sentido es el trayecto que recorremos hacia atrás, en la cadena de causas, en busca del primer eslabón. A imagen de la razón, las historias: causas, efectos, derivaciones, derivas, pérdidas.

Por lo que aquí nos interesa, prefiero entender, contra toda evidencia, que el personaje cae de espaldas y que son alas los pliegues de la túnica.

*

No cayó uno solo. Cayeron legiones.

Y modelaron un muñeco de arcilla –o era de carne, no lo sé– y apuntalaron sus miembros con los clavos del deseo. El ansia. La codicia. Las formas que el Hambre tiene de mantener la vida.

No importa que los clavos fuesen de hierro, de fuego o de palabra: el gesto es el mismo.

*

Huyeron. Ante el gran despropósito, huyeron los dioses llevándose consigo al niño que, jugando a ser como ellos, dejó escapar de entre sus dedos el universo.

EL HAMBRE

Sé bien que la primera palabra que se escribe –o la que se pronuncia– no tiene importancia. La que tiene importancia es la última, siempre. La gente piensa –¿la gente? Sí, ese ser múltiple, irreflexivo, memo– que lo que importa es el comienzo. Se retrepa en su asiento, recompone los huesos y espera a que se abra el telón. La historia. Espera a que comience la historia. Espera a que le cuenten una historia. A partir del final no hay historia. Por eso el comienzo. A la gente le gustan los comienzos. Por eso celebra los nacimientos.

No es el nacimiento lo que importa sino el hambre. Todo lo que vive se sostiene sobre el hambre. Y el hambre es el otro, la depredación del otro, la muerte del otro.

Pero ved con qué extraño placer se entregan las madres al hambre del hijo. Con qué... amor –¿amor? ¿Sabéis lo que encubre esa palabra, lo que se disimula en esas cuatro letras? Sin duda no. Si lo supieseis no volveríais a pronunciarla. «¡Somos hijos de los dioses, los dioses nos aman!», exclamáis. ¿Habéis pensado alguna vez en el oscuro mecanismo del que formamos parte?

El motor perpetuo... Quién podría imaginar sistema más perfecto. Su mayor perversidad: el doble dispositivo que todos llevamos integrado. Uno, la conformidad con las

reglas de la existencia, que incluyen la valoración positiva de la misma. El otro, la voluntad de sobrevivir.

Quienes logren contemplar la rueda con ecuanimidad, coincidirán en que negar la vida es el único acto de libertad posible; el no a la vida, la única posible rebeldía.

Pero celebramos los nacimientos. Hacemos muecas ridículas ante la larva que se agita en sus pañales –el primer sudario de aquel que ya empezó a morir–, que burbujea, se distiende, se esfuerza, grita. Grita el hambre que le atena. Grita la sed a la que ya reconoce como propia, grita la dolorosa contracción de los órganos, grita exigiendo a quien le ha forzado a ello el tributo por haber nacido. Y la madre descubre el trozo de carne blanda, abultada, el pezón oscuro perforado, lo acerca a aquella boca-orificio-estoma y contempla enternecida al nuevo ser que extrae de su cuerpo –su primera víctima– el elixir de vida.

*

Remontar la cadena infinita de los hechos, su proceso, hasta los inicios. Averiguar en la propia carne el lugar donde se entrelazan las secuencias, las primeras huellas, la primera violencia. Llevo en mi sangre la dentellada del felino, el letargo del saurio, el camuflaje del pez en las simas, el latigazo electrificante de la raya. Y el hambre. Un hambre atroz, siempre renovada, siempre insatisfecha.

¿Cómo no compadecer?

El hambre es el combustible; la muerte, la semilla. El mundo es la perpetua representación de una violencia primera. La existencia, el resultado de esa violencia.

*

Compasión: la parte que heredamos de los ángeles caídos.

Culpa: la parte que heredamos de los dioses.

COMIENZOS

El mundo. Retroalimentación productiva de los elementos. Auto-producido. Auto-reproducido. Máquina perfecta. Movimiento integrado. Cada uno de los seres dotado de un sistema de procesamiento (nutrición y deyección) autónomo. Cada uno de ellos dispuesto a ser pasto de otros que a su vez lo serán de otros, y así hasta cumplir el círculo. La autonomía como aglutinante, como concatenante.

El mundo. Un mundo. Multiplicidad sonora. Diversificación de la energía proyectada. ¿Por una voluntad?

Todo supuesto es lícito; toda creencia, ilegítima.

*

Sonido pues, si se quiere. Materia sonora. Modulación o refracción, es lo mismo. Que sea una u otra cosa depende tan sólo del sensor que se utilice: el oído, la vista, el tacto o incluso el olfato o el gusto. No hay metafísica del olfato. En cambio, la hay del gusto. El *brahman* puede saborearse, decía el autor del *Tantrāloka*: el placer de la representación es el sabor del supremo *brahman*. ¿Qué divinidad puede olfatearse?

*

Una primera vibración, una agitación, un primer espasmo, una sacudida atraviesa el espacio al tiempo que lo ins-taura. Las formas como resonancia. Para nadie. Para nada aún. Ni forma siquiera antes del ojo. Sin diferencias antes del ojo. Nada previo, ningún substrato, tan sólo una vibra-ción que, aumentando y disminuyendo la frecuencia de sus intervalos, se difracta en múltiples sonoridades, desde lo impronunciable a las infinitas modalidades de lo audible. Así es como, en la segunda mitad del siglo VII, Bhartṛhari, a quien Abhinavagupta consideraba uno de sus maestros, entendía la aparición del mundo.

*

En un principio fue el sonido, dicen las antiguas escritu-ras védicas. En el *Atharva Veda* y el *Aitareya Brāhmaṇa* se lo denomina *vāc*: sonido primordial.

Luego fueron las resonancias. Y el verbo –el acto– se conjugó. Yo, tú, nosotros, vosotros, ellos: pro-nombres aún, próximos al nombre que consagra la diferencia.

¿Las formas? Pura reverberación. Analogía sonora.

En la vertiente opuesta quedó aquel sonido impronun-ciable. Palabra inversa, palabra de retorno.